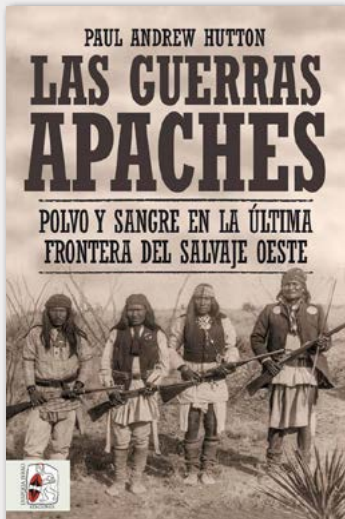


## Las guerras que inspiraron las películas del Oeste

El secuestro de un niño en 1861 desencadenó el conflicto más largo de la historia de Estados Unidos: las Guerras Apaches. El célebre historiador Paul Andrew Hutton relata este legendario conflicto que destila heroísmo y brutalidad a partes iguales. Con un estilo cinematográfico, que nos transporta a las películas de John Ford y Sergio Leone, y un ojo para el detalle, Hutton se centra en los hombres y mujeres cuyas vidas dieron forma a la sangrienta resistencia final contra un ejército estadounidense empeñado en su destrucción.



Las Guerras Apaches  
978-84-124985-1-6  
496 páginas  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 27,95 €

Las Guerras Apaches fueron el conflicto más largo librado por Estados Unidos, que se prolongó durante un cuarto de siglo y marcó la historia del suroeste americano y el norte de México. Una tierra de frontera inhóspita y desolada, infestada de bandoleros, donde cada planta tenía una púa, cada insecto un aguijón, cada pájaro una garra y cada reptil un colmillo: la Apachería. Durante más de dos décadas, los guerreros apaches, duros como su tierra, fogueados por siglos de lucha contra los españoles, pelearon contra los intentos mexicanos y estadounidenses por acabar con su forma de vida. Su conocimiento del terreno, su movilidad y una cultura guerrera que no conocía la misericordia, les convirtieron en un enemigo terrible y formidable. En *Las Guerras Apaches. Polvo y sangre en la última frontera del salvaje Oeste*, Paul Andrew Hutton relata este legendario conflicto, tan presente en el imaginario popular, tan pleno de heroísmo como de brutalidad, con un pulso que consigue trasladar la intensidad del drama y ponerse en la piel de ambos bandos, haciendo justicia a los nombres legendarios de Gerónimo, Mangas Coloradas, Cochise o Victorio. Como hilo vertebrador, Hutton revive la experiencia de individuos cuya vida discurrió a medio camino entre los dos mundos, como el legendario explorador y cazarrecompensas tuerto Micky Free o como Apache Kid, el último indio libre. Cuando el humo de la pólvora se disipó y Gerónimo se entregó, resignado a una vida en la reserva, para acabar siendo expuesto como una atracción en la Exposición Universal de San Luis en 1904, la mítica era del salvaje Oeste había terminado.

**Ganador del Western Writers of America Spur**

**Ganador del Best Nonfiction Book Award de *True West Magazine***

**Finalista del Evans Biography Prize**



**Paul Andrew Hutton** es un galardonado historiador cultural y militar estadounidense, profesor distinguido de Historia en la University of New Mexico, exdirector ejecutivo de la Western History Association y expresidente de Western Writers of America. Ha ganado seis veces el premio Western Writers of America Spur y seis veces el premio Western Heritage del National Cowboy and Western Heritage Museum. También es editor de *Western Heritage* (2011), *Roundup* (2010), *Frontier and Region* (1997), *The Custer Reader* (1992), *Soldiers West* (1987) y de la serie de diez volúmenes *Bantam Eyewitness to the Civil War* (1991-1993). Ha aparecido en más de trescientos programas de televisión y ha escrito una docena de documentales. También ejerció de consultor histórico en películas de Hollywood.

En librerías el miércoles 29 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# SE HA DICHO DE *LAS GUERRAS APACHES*. POLVO Y SANGRE EN LA ÚLTIMA FRONTERA DEL SALVAJE OESTE

«Donde realmente brilla *Las Guerras Apaches* es en la riqueza de sus detalles, bien investigados y profundamente entendidos. [...] En términos de personajes pintorescos, hay una verdadera sobreabundancia».

*Wall Street Journal*

«Una notable obra histórica en torno a un tema muy poco tratado [...] *Las Guerras Apaches* es una narración épica llena de escenas homéricas y personajes inolvidables».

*Chicago Tribune*

«Una historia fascinante acerca del conflicto de finales del siglo XIX en el sudoeste de Estados Unidos [...] Va más allá de las manidas descripciones de las batallas entre guerreros apaches y las tropas estadounidenses (aunque hay muchas de ellas) para pintar una imagen más amplia y detallada de la vida en el sudoeste. Personajes fascinantes entran y salen de la historia, incluidos los guerreros apaches Mangas Coloradas, Cochise, Victorio y Gerónimo [...] Mantiene el ritmo de la historia hasta el final».

*Publishers Weekly*

«Los relatos de los conflictos armados se cuentan de una manera conmovedora y, a menudo, se leen como un thriller del Oeste [...] [M]inuciosamente investigado».

*Kirkus Reviews*

«Bien investigado [...] Apasionante [...] El excelente libro de Hutton puede ayudar a muchos lectores a comprender mucho mejor un capítulo largo, complicado y aún inquietante de la historia estadounidense».

*Dallas Morning News*

«Una importante contribución para impulsar que todos comprendamos las consecuencias de la guerra más larga en la historia de la nación [...] Hutton ha escrito lo que, sin duda, se considerará durante mucho tiempo como una historia definitiva de la guerra de casi tres décadas entre los apaches y los estadounidenses blancos».

*New Mexico Magazine*

## PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS

**Ganador del Premio Western Writers of America Spur**

**Ganador del Best Nonfiction Book Award from *True West* magazine**

**Finalista del Premio Evans Biography**

# DOSIER DE PRENSA

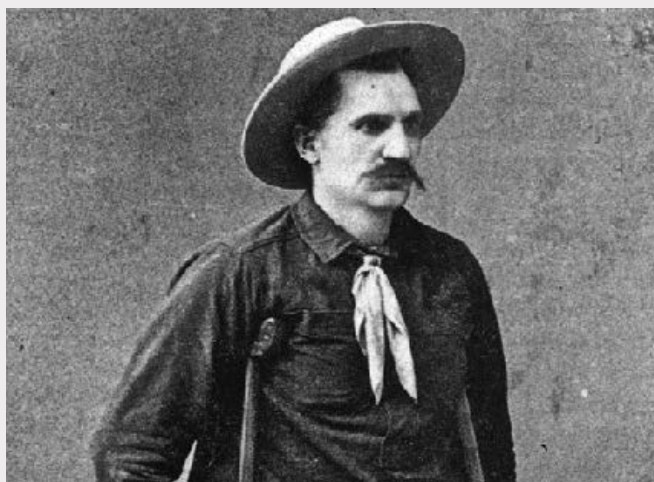




# DRAMATIS PERSONAE



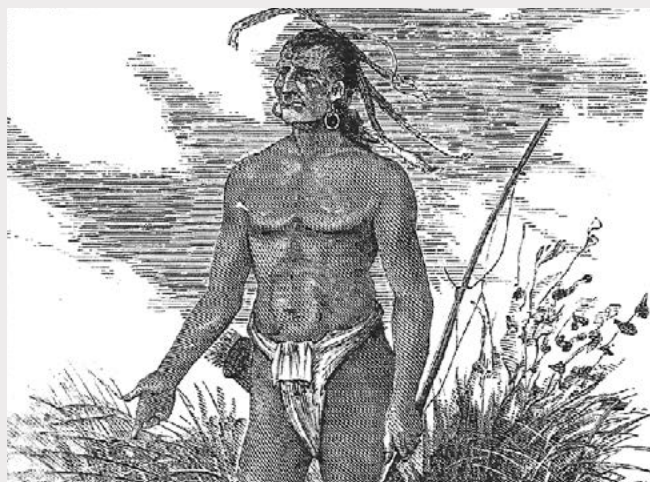
**Mickey Free.** El secuestro en 1861 de este escuálido niño de doce años desencadenó más de un cuarto de siglo de sangrienta guerra entre los apaches y los estadounidenses. Primero esclavizado y luego adoptado y criado por sus captores para ser un guerrero apache, muy pronto se vio atrapado entre dos mundos en conflicto. Ambos bandos culpaban a este guerrero tuerto y pelirrojo del interminable conflicto, pero los dos le necesitaban desesperadamente. Para los apaches era "Coyote", el embaucador, y para los blancos era, como dijo otro explorador: "mitad irlandés, mitad mexicano y todo un desgraciado".



**Al Sieber.** Se convirtió en el hombre indispensable de la frontera apache. Se decía que podía "pensar como un apache", y lo cierto es que llegó a conocerlos bien y a ganarse su respeto a regañadientes. Como jefe de exploradores durante las guerras apaches, fue mentor de Mickey Free, Apache Kid y Tom Horn, y la mano derecha de los generales Crook y Miles. Su traición por parte de Apache Kid le convirtió en un hombre lisiado y amargado, decidido a vengarse.

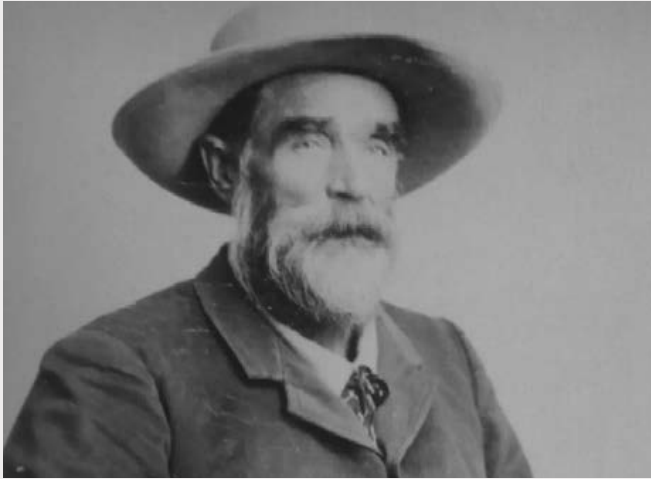


**Gerónimo.** Se ha convertido en un símbolo guerrero para la posteridad, y con razón. Desde su juventud, la venganza y la guerra fueron sus mayores motivaciones, y persiguió ambas con una ferocidad implacable. Dejó un reguero de sangre por el suroeste de Estados Unidos y el norte de México que convirtió su nombre en sinónimo de terror, puso en persecución a una cuarta parte del ejército estadounidense y destruyó la carrera de varios generales. Se decía que el único hombre al que temía era Mickey Free.



**Cochise.** El más grande de los jefes apaches chiricahuas, fue su traición en el paso Apache por el secuestro de Mickey Free lo que inició la guerra. Casi expulsó a los blancos de Arizona e hizo la vida imposible a ambos lados de la línea internacional durante más de una década, hasta que una improbable amistad con un audaz hombre de frontera blanco le llevó a aceptar un tratado de paz.

# DRAMATIS PERSONAE



**Tom Jeffords.** Los apaches le llamaban “Taglito” por sus largos bigotes rojos, y fue gracias a su amistad con Cochise que el general O. O. Howard, el famoso “general cristiano” manco de la Guerra de Secesión, llegó a firmar una tenue paz con los apaches. Jeffords se convirtió en el agente de los chiricahuas, y mientras Cochise vivió, la paz se mantuvo.



**Lozen.** Mujer de belleza y poder espiritual, Lozen se salió de su papel tradicional para cabalgar junto a su hermano Victorio por la senda de la guerra. Su devoción por su pueblo, su habilidad como guerrera y su capacidad para predecir el futuro eran legendarias entre los chiricahuas. Gerónimo la llamaba “Mujer Guerrera” y cabalgó con él tras la muerte de su hermano.



**General George Crook.** Los apaches le llamaban “Nantan Lupan”, el lobo, y le temían tanto como le respetaban. Los persiguió sin descanso, convirtiéndose en el cazador de indios más famoso de Estados Unidos, y luego defendió sus derechos. Al final, se hundió por culpa de su propia arrogancia y de la duplicidad de su némesis Gerónimo.



**Apache Kid.** Este chico apache aravaipa abrazó el mundo blanco y el nuevo orden para convertirse rápidamente en uno de los exploradores apaches más importantes de Sieber. El jefe de exploradores Tom Horn le llamaba “la mascota de Sieber”. Un encuentro fortuito le llevó a una elección crucial entre el mundo de los blancos y el de los apaches. Sus acciones le convirtieron en un renegado y pusieron en marcha el drama final de las Guerras Apaches.



## ENTREVISTA A PAUL ANDREW HUTTON

**En primer lugar, quisiera felicitarle por su trayectoria académica en la que ha sido galardonado con multitud de premios y en la que la historia siempre ha sido el escenario principal. ¿Cómo comenzó su interés por la historia?**

Cuando era pequeño, mi padre estaba en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y viajamos por todo el mundo. En 1956 llegamos a San Ángelo, Texas. Era la época de los westerns televisivos y de las películas del Oeste, y justo entonces comenzó la moda de Davy Crockett y me quedé prendado de esa historia. De mi interés por Davy Crockett surgió mi fascinación por la historia, pero especialmente por la historia americana y el comienzo del Oeste americano. Creo que la historia del Oeste americano es en gran medida la historia de Estados Unidos. Es una de las cosas que nos hace tan únicos como pueblo, y por eso siempre me ha cautivado.

Unos años más tarde, pasábamos por tiempos difíciles y mi madre no podía permitirse un regalo de cumpleaños, pero fue a la biblioteca y me sacó un libro sobre Cochise para mí. Ese regalo inspiró mi interés por los apaches. Me encantó aquella obra y, cuando escribí mi propio libro, me encantó descubrir que la historia de aquella amistad entre Cochise y Tom Jeffords era cierta y que, a veces, tus fantasías infantiles sobre

cómo debería ser la historia resultaban ser absolutamente correctas, y que la historia de la amistad que trajo una breve paz a la Apachería, era una historia increíble y totalmente real.

**¿Podría hablarme un poco del arte de hacer que la historia cobre vida?**

Una de las cosas que he intentado hacer en este libro en particular es ser más narrador y menos historiador analítico. Hay un cierto énfasis en el análisis, en la teoría, que hace que la historia académica sea bastante difícil de leer para la gente normal. Y yo siempre he sentido, como profesor en una universidad pública, pero también como escritor, escribiendo documentales para la televisión, escribiendo artículos de divulgación para revistas, que era mi deber llegar a la gente. Si escribes historia y nadie la lee, ¿qué sentido tiene? No es que el trabajo académico no tenga un papel serio en la sociedad. Nos permite cambiar nuestra visión del pasado. Para eso se escriben los libros de texto, pero yo quería dar a la gente una muestra real de cómo era la vida en el siglo XIX y ayudarles a entender cómo hemos llegado a donde estamos hoy, y esta historia me pareció especialmente relevante porque ahora la frontera es crucial, en la forma en que pensamos sobre Estados

DOSIER DE PRENSA



**«Creo que la historia del Oeste americano es en gran medida la historia de Estados Unidos. Es una de las cosas que nos hace tan únicos como pueblo, y por eso siempre me ha cautivado».**

Unidos y lo que está pasando con el tema fronterizo. La frontera lo era todo en la época de las Guerras Apaches. Y además, hoy en día las cuestiones étnicas son un tema muy relevante, y mi protagonista, mi héroe, es un personaje mestizo que, para añadir algo más a su conflictiva personalidad, es culturalmente apache, medio blanco y medio mexicano.

**Si algo caracteriza *Las Guerras Apaches* es la atención por el detalle y por el entorno donde se ubica la acción. ¿Cómo ha logrado ese nivel de detalle sobre la región de la Apachería?**

He vivido aquí durante 35 años. Estoy familiarizado con la flora y la fauna, y he visitado, en la medida de lo posible, los lugares sobre los que escribo. Pero también tengo enormes pilas de libros de historia natural, porque desde luego no quería equivocarme en lo relativo a la vegetación, los animales, el paisaje. Se trata de una historia dictada por el paisaje, que marca la vida de todos los que intervienen en ella y que, por supuesto, sigue haciéndolo hoy en día. Sin duda, en el siglo XIX era un lugar brutal.

Uno de mis lugares favoritos es el paso Apache. Allí tuvo lugar un enfrentamiento en una estación de ferrocarril por el secuestro del niño que se convirtió en Mickey Free, entre un joven teniente del ejército llamado Bascom y Cochise, el gran jefe chiricahua. Es un lugar realmente especial y allí todavía se encuentra el antiguo cementerio y las ruinas de la diligencia. Es un sitio emocionante para estar y pasear por la tierra y para sentirla...

**¿Por qué es tan importante describir aquella tierra de frontera inhóspita y desolada? ¿Cómo lo ha reflejado en su libro?**

Era consciente de que muchos de mis lectores nunca habían estado en el Oeste, y creo que lo que hay que hacer como escritor es crear un mundo creíble. Quería dar vida al paisaje. Tiene que ser un mundo real, el mejor que puedas crear, pero tienes que atraer a la gente hacia él, hacerles comprender los ritmos de ese mundo, por qué la gente hace las cosas que hace, y también darles una idea de lo duro que era, de su crudeza. Era un lugar durísimo para ganarse la vida, ya fueras un tranquilo pionero, un pastor mexicano o un guerrero apache. Por aquel entonces, Arizona era un lugar com-

plicado, con gente sacada de la película de Quentin Tarantino *Los odiosos ocho*. Era brutal e implacable.

**El Salvaje Oeste es un tema muy popular en el imaginario colectivo y se ha escrito mucho sobre él. ¿Qué hace que su libro destaque?**

Hay varios libros maravillosos sobre las Guerras Apaches, con los que cualquier estudioso que aborde el tema tiene una gran deuda, y también hay muchas memorias excelentes de la época, la mayoría de oficiales del Ejército, aunque hay varias de participantes apaches, incluido Gerónimo.

Contaba con citas de participantes, existen también muchas memorias militares y luego están las tradiciones orales apaches. Me encanta cuando tengo las palabras reales de estos personajes y puedo documentarlo. Creo que da ritmo al libro. La historia oral es muy controvertida y si quieres escribir historia sobre los indios americanos, tienes que utilizar la historia oral. Es una sociedad que practica la tradición oral que, por cierto, da a la gente de esa sociedad un mayor grado de memoria. En la civilización occidental lo escribimos todo y sabes dónde puedes ir a buscarlo, pero ellos no. Tiene que estar en la cabeza, tiene que conservarse y estas sociedades preliterarias tienen esta fabulosa tradición oral, pero que a menudo los historiadores han descartado. En mi libro hay varios pasajes en los que utilizo exclusivamente estos relatos orales apaches.

**¿Qué importancia tuvieron las Guerras Apaches en la conformación nacional de los Estados Unidos tal y como lo conocemos ahora?**

Las Guerras Apaches configuraron el paisaje político, así como el paisaje físico de Arizona y Nuevo México. Fueron guerras de incorporación para los Estados Unidos de América. Acababan de librar una guerra civil y ahora iban a incorporar todo el Oeste al país, y los dirigentes estadounidenses no tenían paciencia con los que estaban a favor de la desunión, como eran los apaches. Todos ellos eran personas que no querían formar

**«Las Guerras Apaches es una historia de conflicto, una historia sobre fronteras, sobre mestizaje, todo esto sigue siendo la historia de América. Estas guerras parecen lejanas y románticas, por Hollywood, pero no, es lo que hizo el suroeste de Estados Unidos, sus tierras fronterizas, y ayudó a dictar toda nuestra relación con México».**

parte y, por tanto, el papel del gobierno era forzar la conformidad. Sin embargo, la guerra se produjo porque los apaches simplemente no querían ser granjeros cristianos blancos. Querían continuar con su forma de vida. Aunque al final muchos se acomodaron, algunos como Gerónimo no lo hicieron y lucharon hasta las últimas consecuencias, lo que la convirtió en la guerra más larga de la historia de Estados Unidos.

Las Guerras Apaches es una historia de conflicto, una historia sobre fronteras, sobre mestizaje, todo esto sigue siendo la historia de América. Sigue siendo relevante hoy como lo fue entonces, en las décadas de 1870 y 1880. Estas guerras parecen lejanas y románticas, por Hollywood, pero no, es lo que hizo el suroeste de Estados Unidos, sus tierras fronterizas, y ayudó a dictar toda nuestra relación con México durante muchos años, por lo que hay lecciones vitales que aprender en esa historia.

### **¿Quién era el niño cautivo y qué papel desempeñó el secuestro de Mickey Free en el inicio de las Guerras Apaches?**

Este personaje es el que verdaderamente me arrastró a la historia y pensé que podría utilizarlo por su implicación en las Guerras Apaches desde el principio hasta el final como personaje transversal. Era un joven medio hispano medio irlandés llamado Félix Ward. Su madre se había casado con un pionero del sudeste de Arizona llamado Johnny Ward en la década de 1850 y el joven Félix tenía unos doce años cuando una de las bandas de apaches del oeste lo secuestró en su casa del valle de Sonoita.

El secuestro de Félix Ward, que más tarde se llamaría Mickey Free, puso en marcha un cuarto de siglo de guerra implacable y brutal entre varias bandas apaches y el gobierno de Estados Unidos. Ya había habido conflictos antes –sobre todo escaramuzas con los apaches jicarillas y mescaleros en Nuevo México y la campaña de Gila de 1857 del coronel Benjamin Bonneville–, pero fue el secuestro de Mickey lo que condujo al infame asunto Bascom con Cochise en el Paso Apache, cuando el teniente George Bascom de Fort Buchanan fue con un destacamento de soldados y Johnny Ward al poblado de Cochise para exigirle que entregara al niño secuestrado. Bascom tomó como prisioneros a varios parientes de Cochise y los mantuvo como rehenes, y ese acontecimiento dio comienzo a la guerra, del mismo modo que Pearl Harbor inició la participación de Estados Unidos

en la Segunda Guerra Mundial. Detrás de todo ello, por supuesto, estaba la expansión territorial estadounidense y, muy especialmente, la búsqueda de riquezas minerales tanto en Nuevo México como en Arizona.

### **Gerónimo, Mangas Coloradas, Cochise... Es una historia fascinante llena de personajes fascinantes y casi en cada capítulo se hace hincapié en uno diferente. ¿Por qué estructuró así el libro?**

Ciertamente quería destacar la acción y el carácter, y al poner el acento en el carácter y la personalidad se puede mostrar el choque de personalidades, no solo entre los estadounidenses y los apaches, sino entre

los mismos apaches. Esa era una de las cosas que he tratado de reflejar en la historia: lo divididos que estaban los propios apaches. Ellos también tenían diferentes puntos de vista sobre cómo querían vivir y cómo debían resistir el avance americano, al igual que los propios americanos estaban divididos sobre si adop-

tar una política de guerra o una de paz. Muchos de los apaches servían como exploradores contra otros apaches, lo que podría confundir. Pero en realidad no debería porque los apaches nunca tuvieron un concepto de sí mismos como un solo pueblo. Era la familia a la que debías lealtad, el clan, la banda, en absoluto se consideraban una gran nación. No, estaban divididos en tribus y algunas de ellas eran hostiles entre sí.

### **¿Cómo pudieron los apaches resistir tanto tiempo frente a un enemigo mucho más poderoso que ellos? ¿Qué papel jugó el entorno y la naturaleza de aquella tierra de frontera?**

Son habitantes de las montañas, saben dónde está cada pozo de agua, y el agua es vida aquí en el Oeste y ellos sabían dónde estaba el agua. También conocían muy bien la vegetación autóctona y cómo utilizarla en su beneficio. No tenían aldeas permanentes, eran nómadas en el sentido de que se movían con las estaciones. Conocían muy bien la tierra, desde el norte de Arizona hasta el centro de México. Sabían todos los escondites y si visitas el territorio por el que deambulan es sencillamente asombroso que alguna vez llegaran a ser capturados. Por eso los propios exploradores apaches eran tan valiosos, porque también sabían dónde estaban los pozos de agua, que solo había un número limitado de lugares en los que se podía acampar y así es como, por supuesto, finalmente los apaches fueron

**«Mi objetivo era devolverle la vida al pasado y también hacer justicia a la gente, tanto a los soldados, que desempeñaban un trabajo muy duro, como a los apaches, que merecen que se cuente su heroica historia, una historia más compleja que la que se ve en las viejas películas del Oeste».**



conquistados, pero fue una guerra muy, muy difícil y prolongada. Eran maestros en la guerra de guerrillas, a pesar de que no tenía ese nombre por aquel entonces. Los apaches no arrancaban cabelleras y tampoco violaban. En ese sentido eran muy puritanos, así que todas esas viejas películas estaban equivocadas. Sin embargo, eran maestros en la tortura y ser capturado por los apaches era de hecho un destino sombrío. Infundían terror en los corazones de sus enemigos por lo que hacían a los prisioneros varones que capturaban y torturaban hasta la muerte.

### ¿Qué sensación espera dejarle al lector después de leer *Las Guerras Apaches*?

La sensación de un pasado aprovechable. También me gustaría que el lector se quedara con una buena historia. Hay que introducir la historia con sigilo para que el lector no sienta que se le está machacando con ella. Hay muchas fechas en mi libro, pero las fechas no son más que pequeñas señales en el camino de la historia que te indican dónde estás, te dan una idea de un lugar. Mi objetivo era devolverle la vida al pasado y también hacer justicia a la gente, tanto a los soldados, que desempeñaban un trabajo muy duro, como a los apaches, que merecen que se cuente su heroica historia, una historia más compleja que la que se ve en las viejas películas del Oeste. He intentado resaltar esa complejidad, pero también hacerla clara y comprensible.

Crook y sus exploradores en Camp Apache en 1874. En segundo plano: los jefes Patone, Diablo, Severiano, el teniente Bernard Reilly, el capitán George «Jake» Randall, Crook, el teniente William Rice y Corydon Cooley. Al frente, de rodillas, de dcha. a izda.: los exploradores apaches Alchesay, Uclenny, Mose y Mickey Free. True West Archive.

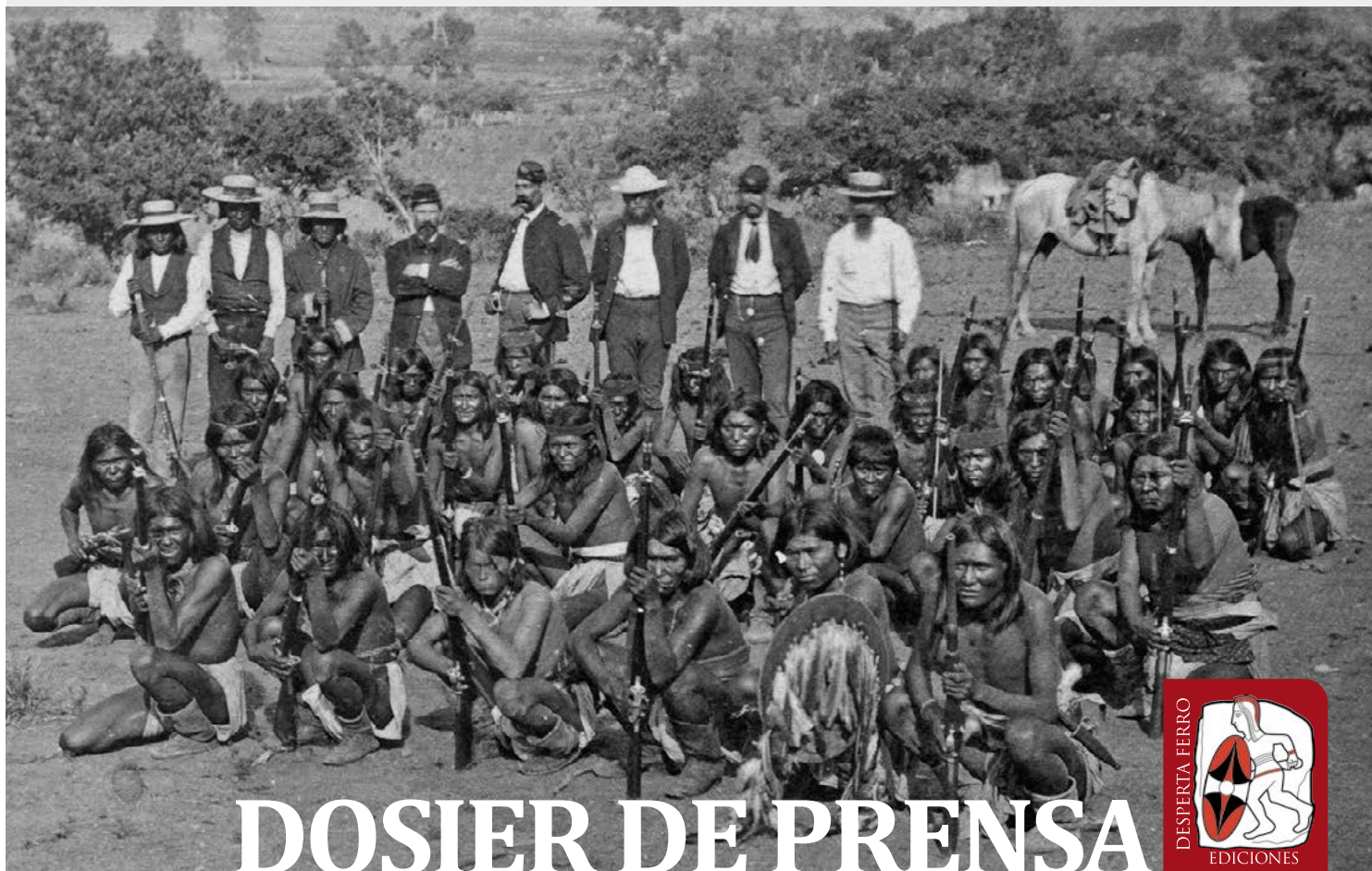
**«Se habla mucho del internamiento de los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, pero en realidad los que estuvieron encarcelados como prisioneros de guerra durante más tiempo fueron los chiricahuas de 1886 a 1909».**

### ¿Qué ocurrió con los pueblos nativos después de las Guerras Apaches?

Los apaches fueron reclusos en Florida, después fueron trasladados a Alabama y más tarde a Oklahoma, donde permanecieron prisioneros hasta la muerte de Gerónimo. Se habla mucho del internamiento de los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, pero en realidad los que estuvieron encarcelados como prisioneros de guerra durante más tiempo fueron los chiricahuas de 1886 a 1909. Después se les ofreció la posibilidad de regresar a Nuevo México, a la reserva de Mescalero, o de establecerse en Oklahoma. La mayoría se fue a Nuevo México, pero muchos se quedaron en Oklahoma.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



**DOSIER DE PRENSA**



# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Prólogo

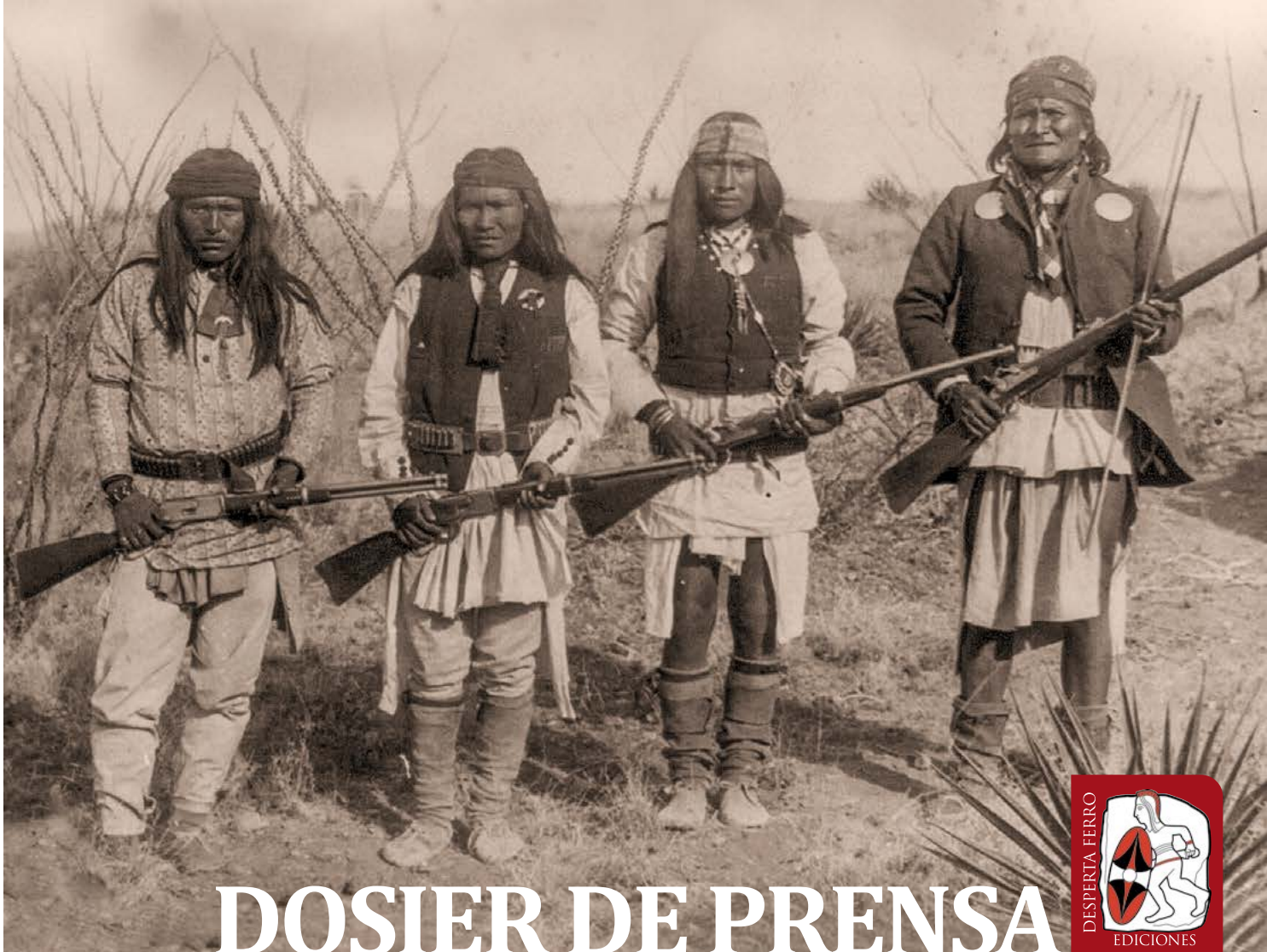
- 1 Apachería
- 2 Mangas Coloradas
- 3 El muchacho perdido
- 4 El paso Apache
- 5 El método de Kit Carson
- 6 Las gentes de Sierra Blanca
- 7 La cabeza de Mangas Coloradas
- 8 Las costumbres del país
- 9 Camp Grant
- 10 Masacre
- 11 Nantan Lupan
- 12 El general cristiano
- 13 Mickey Free
- 14 Taglito
- 15 San Carlos

- 16 Gerónimo
- 17 La visión de Lozen
- 18 La guerra de Victorio
- 19 Tres Castillos
- 20 Fort Apache
- 21 La huida
- 22 Los cuarenta acres del infierno
- 23 Sierra Madre
- 24 Turkey Creek
- 25 El Espinazo del Diablo
- 26 El viento y la oscuridad
- 27 Apache Kid
- 28 El último apache libre

Epílogo

Bibliografía

Índice analítico



## DOSIER DE PRENSA

# PRÓLOGO

Una nítida mañana de finales de enero, el muchacho estaba vigilando su ganado cuando divisó una nube de polvo al sur, hacia el extremo del estrecho valle boscoso. Aunque tenía casi doce años, Félix era bajo y enjuto para su edad. Tenía una mata de pelo rojo y la piel clara. El muchacho vio surgir jinetes de la nube de polvo, de uno en uno; sus potros chapoteaban por el arroyo poco profundo. Corrió al pequeño huerto de melocotoneros situado a 300 yardas [270 metros] de los edificios del rancho donde vivían su madre y su hermana. Sabía que esta región era un territorio en disputa, situada en el corazón de lo que los mexicanos, y antes de ellos los españoles, llamaban la Apachería. Los mexicanos no habían conseguido asentarse en el valle, expulsados por los temibles apaches que vivían en las sierras al este y al norte.

Una docena de apaches, pintarrajeados y bien armados, entraron al galope en el rancho. Pasaron junto a los edificios y fueron directos a por los caballos y el ganado. Félix, con el corazón desbocado, subió a un melocotonero y trató de ocultarse lo mejor que pudo. Mientras los hombres se llevaban potros y reses valle abajo, el jefe de los indios cabalgó hasta el árbol y miró al aterrado muchacho. Félix esperaba que lo matase al instante, pero, en lugar de ello, el apache se echó a reír y le hizo señas para que bajase. Félix obedeció. El apache, que se llamaba Beto, tenía una profunda cicatriz en la cara, impronta de alguna terrible batalla en la que había perdido un ojo. Félix también era tuerto. El apache lo subió a la grupa de su potro y salieron al galope en pos de los guerreros.

Estos apaches pertenecían a la tribu de los aravaipas, que habitaba el nordeste del valle del Sonoita. Los aravaipas dieron al muchacho secuestrado el nombre de Coyote, su dios tramposo, pues nunca acabaron por decidir si era amigo o enemigo. Años más tarde, los hombres blancos lo llamaron Mickey Free. El secuestro del muchacho inició a la lucha final por la Apachería, la guerra más larga de la historia de Estados Unidos. Entre 1861 y 1886, el conflicto dejó un reguero de sangre que iba desde el río Pecos, en Texas, pasando por todo Nuevo México y Arizona, hasta el interior de México. Todos los bandos del conflicto responsabilizaron del estallido a Mickey Free. Con el tiempo, el muchacho desempeñó un papel clave en la guerra. Entraba y salía de los mundos en conflicto de los apaches y de los invasores blancos, sin que ninguno le llegase a



Ruinas del rancho de Johnny Ward en el valle del Sonoita. Arizona Historical Society.

aceptar del todo, aun cuando su valor era incalculable para ambos bandos.

Esta es la historia de Mickey Free, aunque también es la de sus contemporáneos, tanto amigos como enemigos, blancos o pieles rojas, cuyas vidas fueron definidas por la violenta historia de los desiertos y montañas del sudeste estadounidense y del norte de México. Era un territorio en la que cada planta tenía una púa, cada insecto un aguijón, cada ave una garra y cada reptil un colmillo: un entorno hostil y mortífero, conocido por el mundo exterior como la Apachería. En esta tierra despiadada e inhóspita, Mickey Free, tuerto y marcado por profundas cicatrices, halló su hogar.

# CAPÍTULO 1

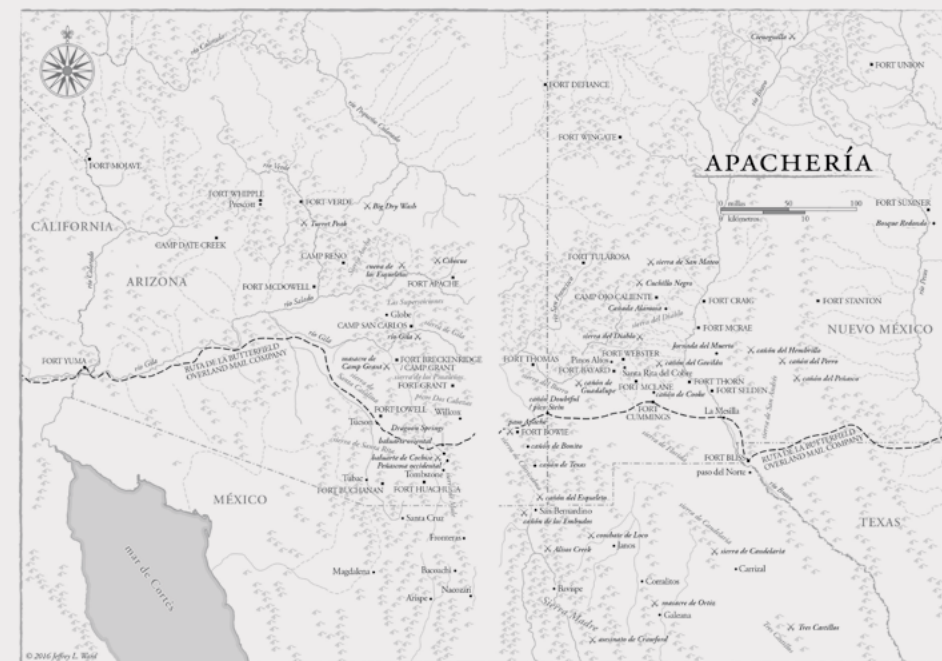
## APACHERÍA

Los apaches, al igual que los vikingos, vivían del saqueo. Hacían una clara distinción entre saqueo, una necesidad económica, y la guerra, que casi siempre era un acto de venganza. Las incursiones de pillaje eran llevadas a cabo por pequeñas partidas que solían sumar menos de una docena de hombres; su propósito no era matar, sino obtener botín o prisioneros que adoptar o esclavizar. Los guerreros planeaban las incursiones con todo cuidado. Si los perseguían se dispersaban y abandonaban o destruían el botín si los seguían demasiado cerca. Después

desnudos a cactus o arbustos espinosos y ensartados con lanzas y flechas. A los arrieros los ataban boca abajo a las ruedas de los carros con carbones ardientes bajo la cabeza. Otros eran desollados vivos para que se desangraran poco a poco. También entregaban cautivos a los familiares de los guerreros caídos para que los torturasen y así apaciguar su dolor. En esto, las mujeres mostraban un gran ingenio: a veces, ornamentaban la boca de las víctimas masculinas con su propio pene. «Cada exclamación de dolor y sufrimiento se acoge con placer –manifestó un

soldado de la frontera– y aquel que sepa ingeniar la muerte más atroz se considera digno de honor». No era una buena cosa ser capturado vivo por los apaches.<sup>15</sup>

El riesgo de ser mutilado reforzó aún más el poder espiritual de la guerra; sin embargo, la práctica de la mutilación no fue común en las diversas bandas hasta que el enemigo español la introdujo. Dado que los apaches tenían un miedo casi patológico a los fantasmas y a los espíritus ambulantes de los muertos, no se atrevían a tocar a los caídos, ni siquiera a los de su propio pueblo. Los apaches nunca tuvieron la costumbre de arrancar cabelleras, pero, una vez los europeos introdujeron este horrendo acto, a veces lo practicaban. Los mescaleros arrancaban más cueros



de todo, siempre era posible volver por más. La mayor parte del botín se canjeaba por armas, alimentos y ropa. No querían matar a la gente que atendía los campos y los rebaños. A los españoles los llamaban, con soberbia, «sus pastores».

Las guerras se libraban única y exclusivamente por venganza. Era el deber de un guerrero y la piedad no se consideraba una virtud. Aunque la tortura era una práctica antigua entre los apaches, contra los españoles la practicaron con saña redoblada. En cierta ocasión, un jefe aravaipa se jactó de haber enterrado a un cautivo vivo hasta el cuello y luego contempló cómo las hormigas le devoraban la cabeza. A veces ataban a los prisioneros a un hormiguero y les abrían la boca para que los voraces insectos pudieran entrar con más facilidad. Otros eran amarrados

cabelludos que los demás apaches, pero hacia el siglo XIX no era inusual que incluso los apaches occidentales tomaran cabelleras, práctica que denominaban *bitsa-ha-digihz* o «cortar la tapa de la cabeza». Los apaches mostraban las cabelleras en la danza de la victoria, aunque se deshacían de ellas de inmediato y los que las hubieran tocado se sometían a un ritual purificador para ahuyentar a los espíritus de los muertos.<sup>16</sup>

El territorio era el mayor aliado del guerrero apache. Sabía por dónde fluían los manantiales, fuentes de vida, y dónde estaban las numerosas cuevas que podían ocultarlo. Esta tierra baldía, árida y surcada de innumerables cañones, quebradas y promontorios montañosos era el refugio del apache. En el territorio que tan bien conocía podía esconderse o acechar a sus enemigos.

## CAPÍTULO 3

# EL MUCHACHO PERDIDO

Cuando despertaron, los soldados del paso Apache vieron que todas las alturas circundantes estaban ocupadas por centenares de guerreros. Un solitario apache se acercó con bandera blanca para parlamentar. Cochise quería reunirse con Bascom en el camino de postas, a algunos centenares de metros de la estación. Bascom aceptó, siempre y cuando Cochise no fuera acompañado por más de tres guerreros y que todos estuvieran desarmados. A continuación, el teniente ordenó a sus soldados que se desplegasen en el muro de piedra y que abrieran fuego al primer indicio de traición. Robinson había situado los carromatos en el lado sudoeste de la estación y la tropa había llenado sacos de grano para formar reductos y trincheras entre los carros y la estación. También emplazaron sacos de grano sobre la casa de la estación para formar un reducto protector, en el cual se colocaron los mejores tiradores de la compañía.

Bascom entregó una bandera blanca al sargento William Smith y, en compañía de Johnny Ward y del sargento Robinson, salió al encuentro de Cochise. Cuatro apaches desarmados, encabezados por Cochise, surgieron de una profunda quebrada situada a un centenar de metros y caminaron lentamente hacia los soldados.

Erguido y majestuoso a sus 50 años, Cochise no malgastó muchas palabras con Bascom. Aquel militar de 25 años, de rostro infantil a pesar de su barba, le parecía insignificante. Exigió que Bascom liberase de in-

mediato a los rehenes. Este se negó a hacerlo si antes no era devuelto el chico de Ward. Cochise, traducido de nuevo por Johnny Ward, reiteró que él no lo tenía, pero prometió buscarlo tan pronto como soltaran a su gente.

Mientras los hombres hablaban, Robinson observó un movimiento considerable en la quebrada cercana. Apaches con la cabeza y los hombros cubiertos de ramas de cedro iban avanzando poco a poco por la quebrada como si quisieran establecer una posición de tiro en el flanco del pequeño grupo de Bascom. Este también se dio cuenta, pero no se lo mencionó a Cochise.

En ese momento, Wallace, el chófer, el amigo de Cochise, apareció junto con Culver y Welch sobre el grupo de negociadores, en la parte superior de la quebrada. Habían seguido un tortuoso camino al sudeste de la estación de postas para tener una mejor vista de la reunión. Bascom los vio y les ordenó regresar a la estación. Casi en ese instante, los apaches cayeron sobre ellos. Wallace fue capturado, pero Culver y Welch lograron escapar y corrieron cuesta abajo hacia la estación.

Cochise y los suyos también corrieron de vuelta a la quebrada mientras los soldados de la estación de postas abrían fuego. El grupo de Bascom atajó por el oeste, por un lecho seco, para escapar de los apaches y esquivar el fuego amigo procedente de la estación. Welch no tuvo tanta suerte, pues recibió un balazo en la frente poco antes de llegar a la posta. Los apaches de

la quebrada abrieron fuego e hirieron al sargento Smith y a Culver. Los dos llegaron como pudieron tras los muros de piedra y se derrumbaron. Ward también recibió una herida, durante su huida o después de alcanzar la estación. Los apaches los tirotearon de forma esporádica hasta el anochecer.

Esa noche, los fuegos volvieron a refulgir en las cimas. Los soldados sitiados podían oír los tambores de danza guerrera combinados con los lamentos de las mujeres apaches recién enviudadas. Robinson estaba seguro de que varios guerreros habían muerto, pero no hubo celebraciones en la estación de postas.

El paso Apache, visto desde las ruinas de Fort Bowie. Colección del autor.



## CAPÍTULO 7

# LA CABEZA DE MANGAS COLORADAS

El mismo día del asesinato del gran jefe, el general West ordenó al capitán McCleave que regresara a Pinos Altos con veinte jinetes en busca de los apaches que habían acompañado al caudillo. El capitán Shirland, con cincuenta efectivos a caballo, recibió orden de explorar las montañas del curso del Mimbres en busca de indios. El destacamento de McCleave llegó a Pinos Altos justo en el momento en que la gente de Mangas llegaba para preguntar por él. Junto con los buscadores de oro locales, los soldados atacaron a los desprevenidos apaches. Acabaron con once, entre ellos un hijo de Mangas, e hirieron a la viuda del jefe. En la mañana del 25 de enero, los efectivos de Shirland asaltaron a la gente de Victorio en las alturas sobre el Mimbres. El capitán reportó la muerte de nueve apaches, pero su informe no hacía ninguna distinción de edad o sexo. Volvió triunfante a Fort McLane con treinta y cuatro cabezas de ganado recuperadas, entre ellas varias mulas del ejército, y una colección de cabelleras apaches colgadas de las sillas de montar de los soldados.

West, satisfecho con su campaña, volvió con sus soldados a La Mesilla el 25 de enero de 1863. En la larga y tortuosa historia de la feroz pugna por la posesión del continente entre el Gobierno de Estados Unidos y los indios, muy pocos hombres blancos llegaron nunca a igualar el sobrecogedor nivel de hipocresía del informe oficial del brigadier general Joseph Rodman West en torno a la muerte de Mangas Coloradas.

El jefe había sido muerto, informó West al general Carleton, al intentar escapar. «Por tanto, me he demorado largamente en esta cuestión para demostrar que, incluso con un indio asesino, que, con arreglo a todas las leyes, debe pagar con su vida –pontificó–, tanto la humana como la divina, donde quiera que se encuentre, la buena fe de las autoridades militares estadounidenses no se ha visto comprometida en modo alguno».

Carleton aceptó sin más este tenue velo de engaño. Reportó satisfecho al Departamento de Guerra: «Mangas Coloradas, sin lugar a dudas el peor indio dentro de

nuestras fronteras, que ha sido la causa en nuestro país de más asesinatos, torturas y quemados en la hoguera que todos los demás juntos, ha sido abatido». En una carta a un amigo de Kansas City, el general explicó con claridad el verdadero motivo del asesinato de Mangas. «Nuestras tropas han matado a Mangus (sic) Colorado, su hijo, su hermano y a unos sesenta de sus guerreros –escribió en abril de 1863–. Continuo las hostilidades contra los apaches del Gila y me propongo seguir haciéndolo hasta que la gente pueda vivir en este país y explorar y trabajar con seguridad los filones de metales preciosos que sabemos que abundan».<sup>11</sup>

La muerte de Mangas enfureció a los apaches. Cochise, que ya ardía de ira tras el asunto del «corte de la tienda», juró vengar la muerte de su yerno, mentor y hermano de armas.

Para Cochise y su gente, la cruel mutilación del cuerpo de Mangas era mucho más perturbadora que la perfidia del hombre blanco. Este acto, por sí mismo, cambió para siempre su conducta en la guerra contra los «ojos blancos». «Para un apache, la mutilación del cuerpo es mucho peor que la muerte, pues el cuerpo debe permanecer toda la eternidad en ese estado –explicó Daklugie, hijo

de Juh–. Los “ojos blancos” no podían sospechar lo que habían provocado al profanar el cuerpo de Mangas Coloradas. Si antes había escasas mutilaciones, no fue nada comparado con lo que vino después».

Para Gerónimo, simplemente fue «el mayor de los agravios».

Poco después de la muerte de Mangas, una partida de guerra chiricahua emboscó a una patrulla militar en Jornada del Muerto, cerca del vado de San Diego, en el río Bravo. Los soldados se retiraron llevándose a tres heridos y dejando dos muertos sobre el campo, uno de ellos su comandante. Los apaches victoriosos cortaron la cabeza del teniente y se la llevaron como trofeo. Era el primer pago de sangre para expiar la cabeza cercenada de Mangas Coloradas.<sup>12</sup>



Mangas, hijo de Mangas Coloradas. Colección del autor.

## CAPÍTULO 8

# LAS COSTUMBRES DEL PAÍS

En enero de 1865, Arizona dejó de estar mandada por Carleton. El territorio fue transferido al Departamento del Pacífico, pues la mayoría de tropas californianas estaba siendo licenciada del servicio federal y enviadas a casa. En septiembre del año siguiente, le pasaron factura a Carleton sus muchos pecados oficiales, tanto reales como imaginarios. En la reorganización militar de posguerra fue destituido del mando y degradado al rango de teniente coronel del 4.º de Caballería.

El Gobierno se sentía incómodo por las espantosas condiciones de Bosque Redondo y por la supresión de las libertades civiles en Nuevo México. En la primavera de 1867, una delegación encabezada por el general William T. Sherman investigó las condiciones de Bosque Redondo y ordenó la liberación de los navajos. A pesar de haber gastado enormes sumas en la reserva, centenares de navajos habían muerto de inanición y enfermedades. «Creo que habría sido mejor enviarlos a pensión completa al hotel Quinta Avenida», refunfuñó Sherman al revisar los costes de Bosque Redondo. En 1868, negoció un tratado que les devolvió a su hogar en la región de las Cuatro Esquinas.<sup>14</sup>

Por más cruel que fuera la campaña de Kit Carson y el confinamiento en Bosque Redondo, esta, en realidad, libró a los navajos de las operaciones militares mucho más duras que se libraron después de 1865. Los navajos hicieron la paz con los estadounidenses y, por tanto, escaparon al futuro que esperaba a los apaches.

Ni Carson y Carleton vivieron mucho una vez acabada la contienda. En marzo de 1865, Carson, extenuado por sus largos años en las montañas y al servicio del Gobierno, fue ascendido a brigadier general de voluntarios y puesto al mando de Fort Garland, en Colorado. El general Sherman fue a visitarlo en 1866 para consultarle acerca de la cuestión de los indios navajos. «Su integridad es simplemente perfecta –comentó el general a otro oficial–. Los pieles rojas lo saben y confiarían antes en Kit que en nosotros, o en el mismo presidente». En la primavera de 1868, Kit y su esposa fallecieron con pocas semanas de diferencia. El general Sherman asumió la tutela de su hijo William.

«Kit Carson era un buen ejemplo de una clase de hombres muy útiles en su momento –comentó el general al recibir la noticia de la muerte de Carson–, pero ahora está tan anticuado como Jasón el del vellocino de oro, el Ulises de Troya, el *chevalier* Lanza-



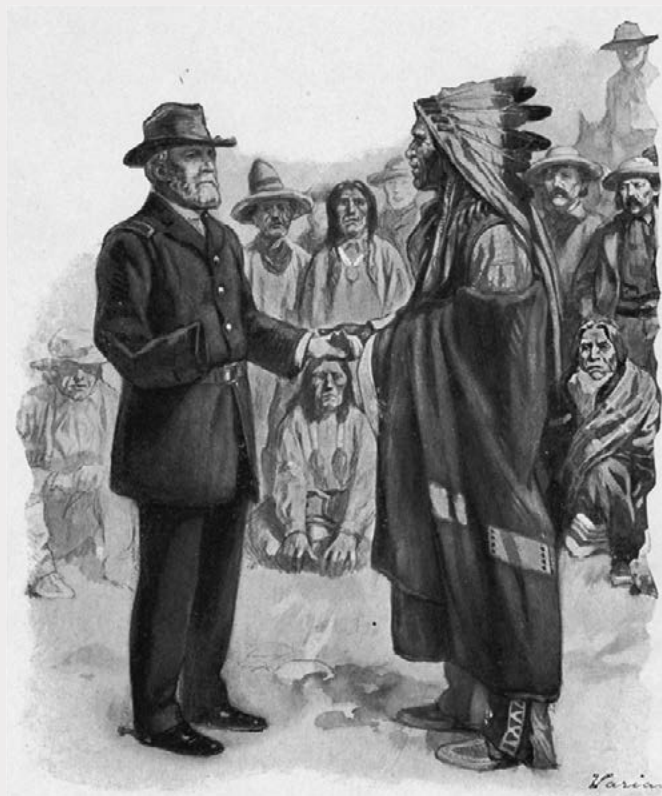
La disputa entre los departamentos de Guerra y del Interior en torno a la política india, según una caricatura de Thomas Nast que muestra a Phil Sheridan y al secretario de Interior Carl Schurz. Esta ilustración apareció en 1878 en la portada de *Harper's Weekly*. Colección del autor.

rote del Lago, Daniel Boone de Kentucky... todos los cuales pertenecen a un pasado muerto». Ese «pasado muerto», desde el punto de vista de Sherman, también incluía a los apaches.<sup>15</sup>

Carleton no sobrevivió mucho tiempo a Carson. El 7 de enero de 1873, a los 58 años de edad, falleció en San Antonio a causa de una neumonía. Su fallecimiento apenas llamó la atención. Sin embargo, su reserva experimental de Bosque Redondo tuvo consecuencias de gran alcance, no solo en la Apachería, sino en todo el Oeste estadounidense.

## CAPÍTULO 14

# TAGLITO



El general Howard recibe al jefe indio Santos en el concilio de paz del Camp Grant. Extraído de la obra de Howard *Famous Indian Chiefs*. Colección del autor.

Su nombre era Thomas Jonathan Jeffords, si bien todo el mundo le llamaba «Capitán» porque en su juventud había sido piloto de barco en los Grandes Lagos. Nacido en el oeste de Nueva York en 1832, creció y se convirtió en un hombre alto y enjuto que lucía una larga barba roja. Sus primeros años de existencia siguen siendo un misterio. Sabemos que en 1858 fue a parar a Denver y que, desde allí, se fue al sur, a Taos. Siguió el río Bravo hasta La Mesilla, donde encontró trabajo como conductor de diligencias en la ruta Butterfield. Con el estallido de la contienda civil y el cierre de la línea de postas, se enroló como correo con las fuerzas unionistas del general Canby. Estuvo en la batalla de Valverde y llevó mensajes vitales de Canby a la Columna California de Carleton, en Tucson. A Carleton le gustó aquel pelirrojo larguirucho y se lo quedó como explorador y mensajero.

Una vez finalizada la guerra, Jeffords se dedicó un tiempo a la minería. En octubre de 1867, creó, junto con un viejo amigo de los Voluntarios de Nuevo México, una línea de diligencias entre Santa Fe y El Paso. También transportaban pasajeros y correo desde La Mesilla a Tuc-

son y de ahí a Los Ángeles. Jeffords se encargaba de la ruta postal entre Santa Fe y Tucson. El correo se llevaba en diligencia y a lomos de caballo, en un viaje siempre lleno de peligros. Los correos recibían una buena paga, 125 dólares mensuales, pero no solían llegar a cobrar muchas nóminas: Jeffords afirmó que en poco menos de dieciséis meses perdió catorce mensajeros. Como no podía encontrar hombres lo bastante insensatos para hacer la ruta de Tucson, Jeffords decidió hacer él mismo el trabajo. Entregó el correo, pero se llevó la cicatriz de una flecha apache como recompensa a su audacia.

Jeffords, como buen yanqui, decidió resolver tal problema del negocio yendo a la raíz del mismo: Cochise. «Decidí que quería verlo –dijo Jeffords acerca de su primera reunión con Cochise–. Había conseguido chapurrar un poco la lengua de los indios –recordó con modestia–, por lo que fui a su campo solo, muy bien armado».<sup>1</sup>

Se internó en lo más profundo de la sierra de la Peñascosa en busca de Cochise. No tardó en ser capturado y llevado en presencia del gran jefe. Este varón de rojas barbas tenía algo que impresionó a Cochise. Un hombre lo bastante audaz para ir solo a su bastión debía de portar una poderosa medicina. Conversarían. Jeffords entregó sus armas a la esposa de Cochise para que se las guardasen, aunque anunció que las necesitaría cuando se fuera. Sin duda, eran palabras osadas, pero Jeffords sabía lo que hacía.

«Vi que era un hombre de un gran talento innato, un espléndido ejemplar de masculinidad física, que superaba los seis pies y dos pulgadas [187 cm] y vista de águila –recordó Jeffords de su primer encuentro–. Él me respetaba a mí y yo le respetaba a él. Era un hombre que despreciaba a los embusteros, siempre sincero en todo, su religión eran la verdad y la lealtad. Cochise me llamaba Chickasaw, o hermano, y cuando estaba con su tribu me conocían como Tyazalaton, que significa “bigotes rubios”. Otros apaches le llamaban Taglito, «bigotes rojos».<sup>2</sup>

En esa primera reunión, Jeffords pidió a Cochise que dejase hacer su trabajo a los correos, pues no suponían ninguna amenaza para los apaches. El jefe reflexionó un tiempo y luego dio su conformidad. Jeffords partió en paz del bastión de Cochise. Acababa de forjarse una de las amistades más notables de la historia de la frontera.



## CAPÍTULO 16

# GERÓNIMO

Clum se había asegurado de dejarse ver junto con su escolta de veintidós apaches de San Carlos. Sabía que Gerónimo sería informado de inmediato del número. Pretendía aprovechar esta supuesta falta de efectivos para inducir a Gerónimo una falsa sensación de seguridad y tenderle una trampa. El contingente de Beauford estaba muy bien oculto; mientras, Clum y un puñado de hombres esperaban a Gerónimo en el porche de la sede de la agencia. Cada hombre portaba un arma cargada y treinta cartuchos. A una señal preestablecida, la gente de Beauford debía salir del edificio del comisario, correr al este y rodear el patio de armas. Todos estaban dispuestos para el combate, pero nadie debía disparar a no ser que Clum o Beauford dieran la orden.

Esperaron en silencio un tiempo que se les hizo eterno, mientras el sol salía sobre las montañas al este. Todos sabían que estaban en inferioridad numérica, por lo menos por tres a uno.

La mañana siguiente era día de reparto de raciones, por lo que Gerónimo tenía intención de visitar la agencia de todos modos. Poco después del amanecer, llegó con Ponce, Chato y cincuenta hombres, mujeres y niños de su banda. No esperaba problemas, o al menos ninguno que no pudiera manejar. Gerónimo, altivo como siempre, cabalgaba por delante del resto con un potente destacamento de guerreros pintados y fuertemente armados. Clum se adelantó desde la casa de adobe, con la mano

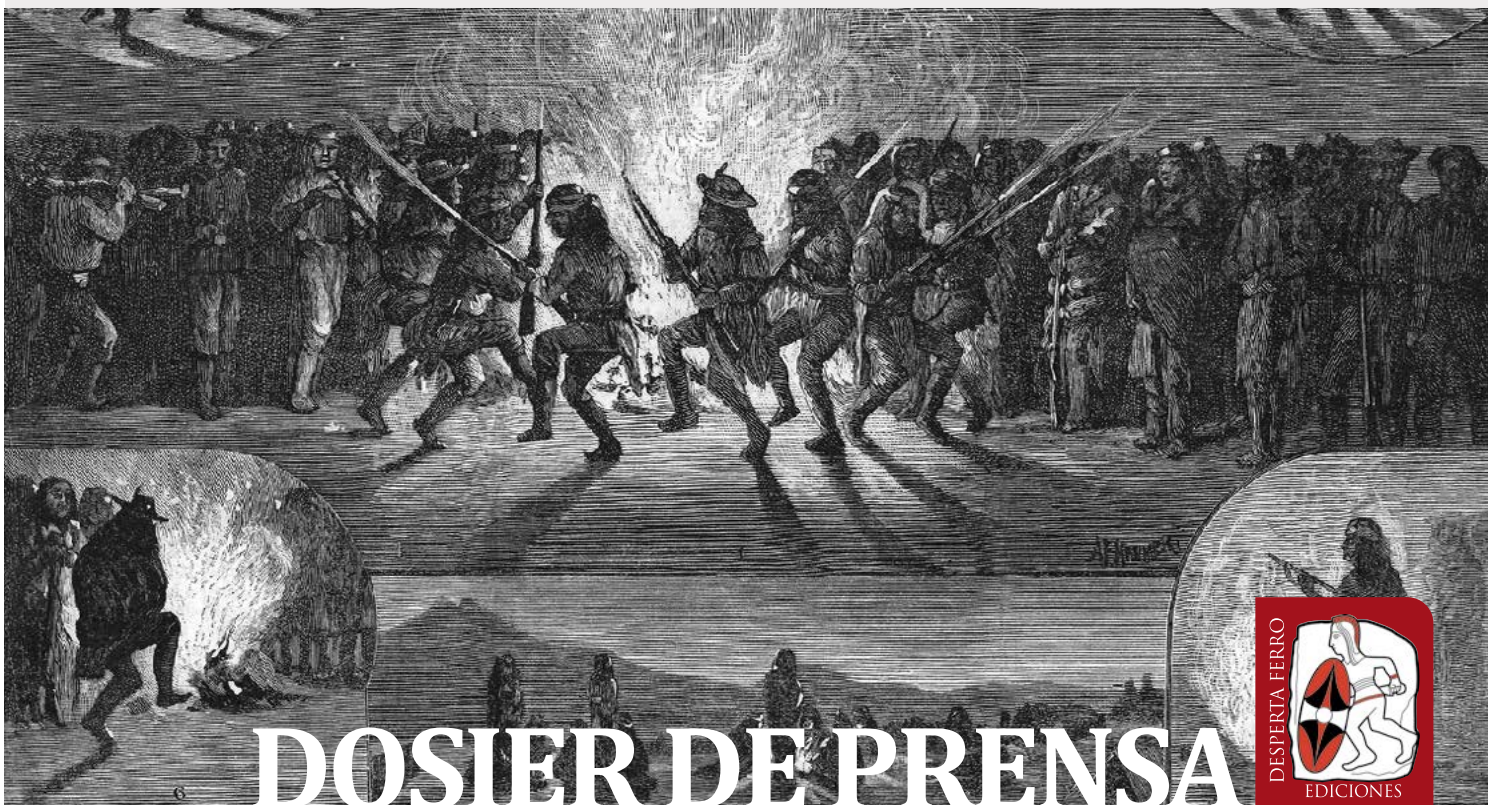
descansando sobre la cadera coronada por su revólver calibre 45. Informó a Gerónimo de que estaba arrestado. Este miró de arriba abajo a los veintidós hombres de Clum y respondió burlón:

«Nanten-betunny-kahyeh [jefe de frente elevada], hablas con mucha bravura, pero no vamos a ir contigo a San Carlos y, si no tienes mucho cuidado, tú y tus policías apaches tampoco vais a volver a San Carlos. Vuestros cadáveres se quedarán aquí en Ojo Caliente para servir de comida a los coyotes».

Tan pronto como Gerónimo acabó su amenaza, Clum se tocó su *sombrero* con la mano izquierda. Las puertas se abrieron de par en par y sus ochenta hombres salieron a la carrera del edificio del comisario y rodearon de inmediato a los guerreros de Gerónimo. Clum desplazó su mano al revólver: era la señal para que los hombres que tenía detrás apuntaran a Gerónimo con sus rifles. Se adelantó y le arrebató el rifle a Gerónimo, mientras uno de los policías impedía al guerrero echar mano del cuchillo. Todo acabó en un abrir y cerrar de ojos.

Clum ordenó encadenar a Gerónimo, pero no sin que antes su prisionero le escupiera su desprecio. «Tu eres el falso “ojo blanco” que vino hace un año a la reserva chiricahua y deshizo el tratado de paz entre el Gran Jefe, Taglito y el general manco. No me hables de romper tratados, ¡tú y tu cerebro enfermo!».<sup>21</sup>

La danza guerrera de los exploradores apaches de Crook para preparar la búsqueda de Gerónimo, retratada por el artista A. F. Harmer para el número del 2 de junio de 1883 de *Harper's Weekly*. Colección del autor.



## CAPÍTULO 27

# APACHE KID



El explorador de la izquierda, en la fila del fondo de la foto de grupo, es Merejildo Grijalva. Colección del autor.

En las colinas sobre San Carlos se organizó una gran reunión de *tiswin* para acompañar nuevas rogativas a Usen. El padre de Kid, Toga-de-chuz, era uno de los oficiantes. Como ocurría a menudo en las bacanales de *tiswin*, Toga-de-chuz tuvo unas palabras con otro viejo guerrero, un hombre llamado Gon-zizzie, hermano de Rip. Años antes, Rip había cortejado a la mujer que se casó con Toga-de-chuz y dio a luz a Kid. Rip nunca superó este desengaño, que provocó un litigio familiar que duró décadas. Por algún motivo, Gon-zizzie decidió ajustar cuentas esa noche.

Sieber se enteró de la fiesta de *tiswin* y envió a Kid y a algunos exploradores a disolverla. Cuando llegaron al lugar, encontraron el cadáver de Toga-de-chuz tendido delante del negro caldero de *tiswin* con una bala en la espalda. No muy lejos de allí, uno de los rastreadores halló el cuerpo de Gon-zizzie. Los amigos de Toga-de-chuz, tras vengarse, se habían dispersado.

Kid permanecía paralizado mientras miraba el cuerpo de su padre. Sabía que el viejo Rip había desencadenado todo esto y que Gon-zizzie solo había sido su instrumento. La costumbre apache le daba derecho a cobrarse venganza, pero las leyes de los «ojos blancos» lo prohibían. Se enfrentaba al mismo dilema que, solo unos meses antes, había tenido que afrontar su amigo Mickey Free. El viaje de regreso a San Carlos se hizo muy largo.

Dos semanas más tarde, Sieber y el agente de San Carlos, el capitán Francis Pierce, tuvieron que viajar unos días al norte, a Fort Apache. Sieber puso a Kid, que todavía estaba de duelo, al mando de todos los exploradores y del calabozo de San Carlos. Quizá pensaba que, con este im-

portante nombramiento, lograría levantarle el ánimo al muchacho. El veterano explorador le había advertido a Kid de que se abstuviera de buscar venganza: le dijo que era una nueva época y que las antiguas costumbres se habían acabado.

Sieber no había ido muy lejos cuando Kid tomó su decisión. El jefe de la banda local, Gonschayee, seguía agitando la situación y agujoneando a Kid. Este, acompañado de cuatro exploradores, cabalgó a la aldea de Rip, en Aravaipa Creek. El viejo había sido advertido y trató de escapar, pero Kid le cortó el paso y le atravesó el corazón de un disparo.<sup>5</sup>

Al conocer la noticia, Sieber y Pierce se apresuraron a volver a San Carlos. Sieber envió de inmediato a Gonschayee a las montañas para convencer a Kid de que volviera. A última hora de la tarde del 1 de junio, Kid entró en San Carlos con sus cuatro compañeros. Fue directo a la tienda de Sieber.

«Frank, esto me recuerda los viejos tiempos –comentó Ed Arhelger, el herrero de la agencia, a Frank Porter cuando vio llegar una hilera de exploradores fuertemente armados–. Creo que esta noche vamos a tener un poco de diversión».

Una gran muchedumbre de apaches, muchos de ellos armados, siguieron a los jinetes hasta la tienda de Sieber. El capitán Pierce corrió a reunirse con este, que estaba en pie delante de su tienda. El intérprete de la agencia, Antonio Díaz, también se unió a Sieber.

«Hola, Kid», saludó con frialdad Sieber mientras los rastreadores desmontaban. Les ordenó entregar las armas y señaló una mesa delante de la tienda. Kid fue el primero en dar un paso al frente. Entregó a Pierce su carabina y su pistolera. Luego, se giró hacia sus compañeros y les indicó que colocaran sus armas sobre la mesa.

Díaz, que no sentía la menor simpatía por Kid, le preguntó al explorador dónde habían estado. «Hemos estado fuera y hemos matado a un hombre en el Aravaipa –respondió Kid–. No es asunto tuyo, ni del agente».

«*Calaboose*», exclamó Pierce, señalando el cercano calabozo. Kid se dirigió a la prisión y Díaz, con una amplia sonrisa, hizo el signo de una isla, para burlarse de Kid: Alcatraz sería su próximo hogar.

# EL ÚLTIMO APACHE LIBRE

Mickey Free también dejó el servicio del Gobierno poco después de la destitución de Sieber. Cuando su servicio finalizó el 16 de julio de 1893, el sargento primero de exploradores decidió que veinte años como explorador, policía e intérprete eran suficientes. A los 46 años de edad se retiró a criar ganado y a cultivar sus tierras en la orilla este del río Blanco.

La familia de Mickey había aumentado con la adopción del sobrino de Ethlay. El muchacho tomó el nombre de Horace Free. También se incorporó a su casa una segunda esposa, mucho más joven, Ochehey, sobrina de Ethlay. Le dio un hijo, en 1894, que recibió el nombre de Johnnie, y una hija, Fannie, dos años más tarde. Sin embargo, la tragedia continuó acechando a la familia de Mickey: en 1899, unas fiebres se llevaron a Ochehey y a su hijo.

Algunas personas dijeron que Mickey no podía dejar la vida de explorador. El año que renunció al servicio del Gobierno coincidió con el espectacular aumento de la recompensa por la cabeza de Kid: 5000 dólares. Como es de esperar, Mickey se embarcó de inmediato en una última y larga misión para capturarlo. Mickey decidió seguirlo a Nuevo México y desde allí al sur, a Sierra Madre. Luego, vio que su presa había vuelto a Arizona, por lo que también le siguió allí.

Al final, el viaje de ocho meses de Mickey terminó no muy lejos de donde se había iniciado: en el cañón de Aravaipa. Mickey afirmó haber encontrado en aquel lugar el cuerpo en descomposición de Kid, rodeado de su rifle,

cuchillo, pistola y cinturón militar, así como de algunas monedas de oro mexicanas. Mickey llevó a San Carlos los restos de la cabellera de Kid. Nadie aceptó el cuero como prueba y muchos pensaban que quizá Mickey estaba proporcionando una coartada a su amigo y darle así a Apache Kid una oportunidad de desaparecer de la historia sin mirar atrás.<sup>7</sup>

Tom Horn también se unió a la caza al hombre. En años recientes, Horn había ganado notable reputación de «detective de cuatreros» o pistolero a sueldo para ganaderos de Wyoming, pero su mortífero éxito había obligado a sus jefes a enviarle de regreso a Arizona en 1895 hasta que la situación se calmase. El comandante del 7.º de Caballería, en Fort Grant, contrató de inmediato a Horn para comandar tropas y exploradores en México en busca de Kid. Después de cuatro meses y varias expediciones infructuosas al otro lado de la frontera, Horn renunció a la recompensa por la cabeza de Kid y volvió a Wyoming, a su carrera como asesino a sueldo, más lucrativa.

Muchos otros trataron de hacerse con la recompensa por la cabeza de Kid. En febrero de 1894, un viejo hombre de frontera llamado Wallapai Clark mató a una mujer apache e hirió al hombre que lo acompañaba cuando intentaban robar caballos de su prospección minera en la sierra de Santa Catalina. Clark solicitó ayuda y, en compañía de una cuadrilla de civiles, siguieron un rastro de sangre que se adentraba en las montañas. Nunca encontraron al guerrero apache, aunque Clark estaba seguro de que lo había herido de muerte. Además, la apache muerta fue identificada como una joven que Kid había secuestrado hacía poco. Sin duda, esta historia encajaba con el apache muerto en el cañón de Aravaipa que había descubierto Mickey Free.<sup>8</sup>

Los prisioneros apaches posan junto al tren-prisión durante un alto en el viaje a Florida. En primera línea, desde la izda.: Fun, Perico, Naiche, Gerónimo, Chapo y Garditha. De las mujeres en la fila posterior, en el centro, la primera por la izda. es Ha-o-zinne, esposa de Naiche. La mujer que está a su lado ha sido identificada por algunas fuentes como Lozen. Dahteste está junto a ella. True West Archive.





**Contacto y entrevistas:**

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824

[comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



DOSIER DE PRENSA

